

EL DÍA QUE LA TABLET SE DURMIÓ

A Spanish Story

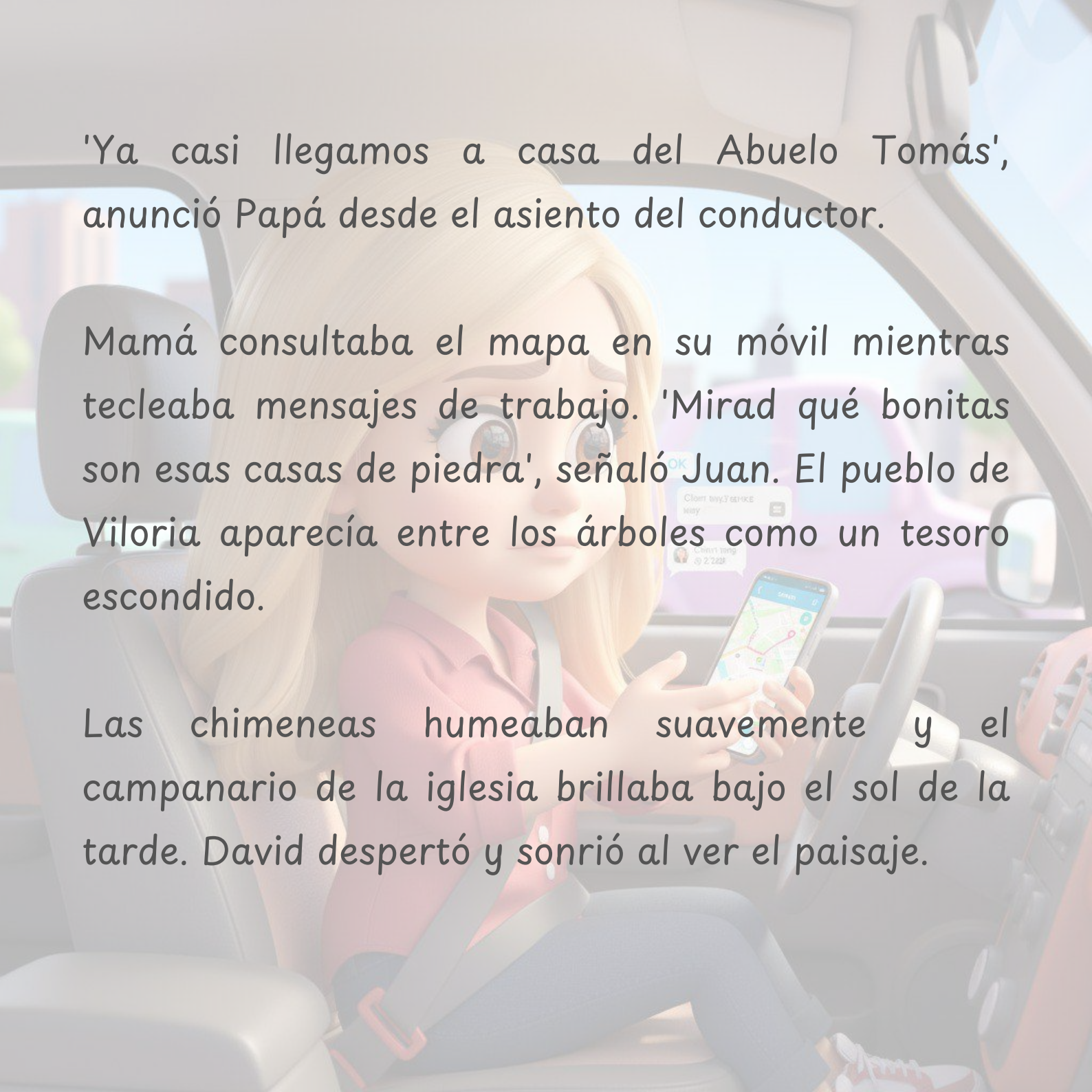


Capítulo 1: Llegada a Viloria

El viejo coche de la familia serpenteaba por las montañas de Cuenca. Juan miraba por la ventanilla las rocas doradas y los pinos que se alzaban hacia el cielo azul.

David, su mejor amigo, dormitaba a su lado. Ana jugaba con sus deditos en la sillita.





'Ya casi llegamos a casa del Abuelo Tomás',
anunció Papá desde el asiento del conductor.

Mamá consultaba el mapa en su móvil mientras
tecleaba mensajes de trabajo. 'Mirad qué bonitas
son esas casas de piedra', señaló Juan. El pueblo de
Viloria aparecía entre los árboles como un tesoro
escondido.

Las chimeneas humeaban suavemente y el
campanario de la iglesia brillaba bajo el sol de la
tarde. David despertó y sonrió al ver el paisaje.



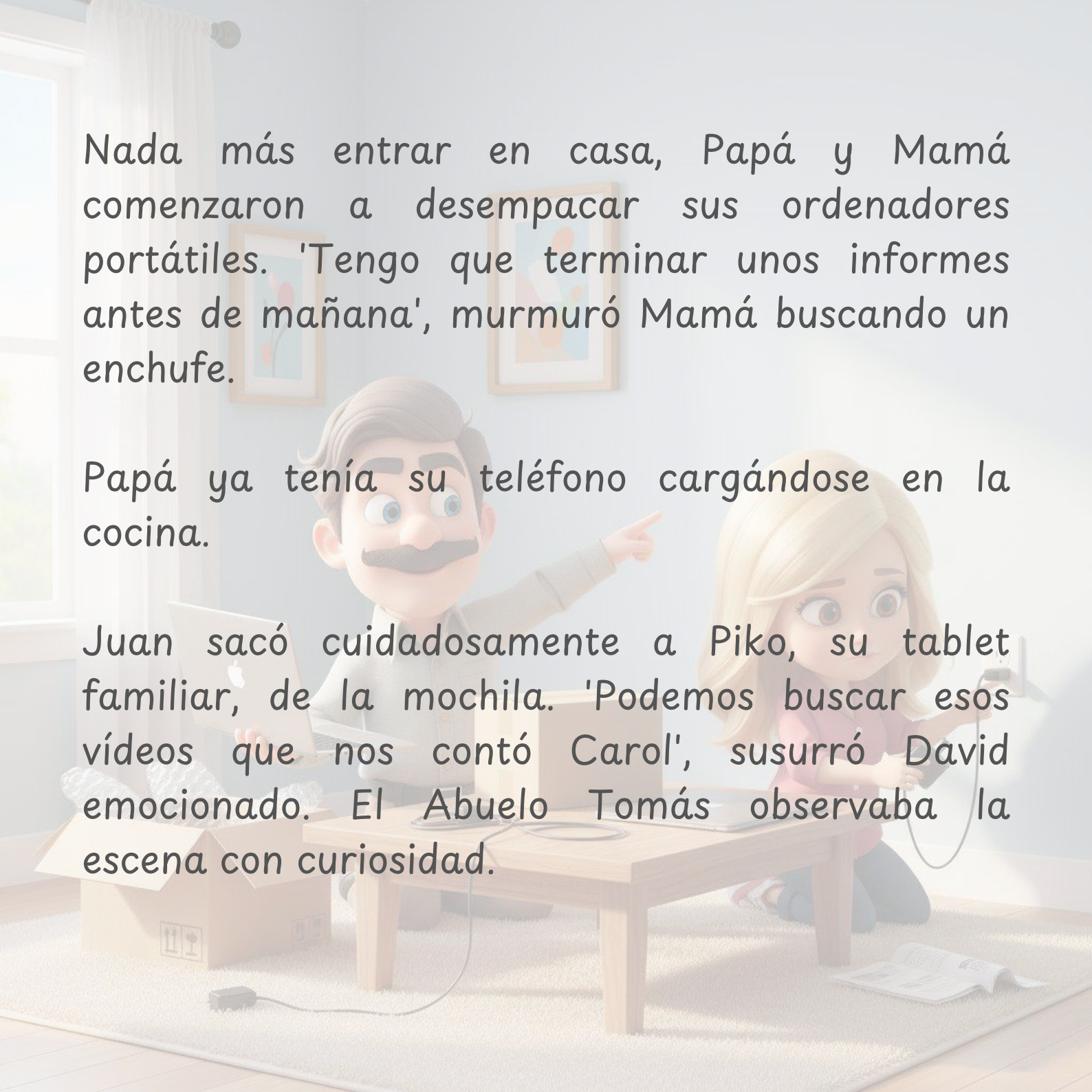
El Abuelo Tomás esperaba en la puerta de su casa de piedra con los brazos abiertos.

Sus ojos brillaban de alegría al ver llegar a toda la familia. 'Bienvenidos a mi rincón del mundo', dijo abrazando fuerte a Juan. El silencio del pueblo era tan diferente al bullicio de la ciudad.

Nada más entrar en casa, Papá y Mamá comenzaron a desempacar sus ordenadores portátiles. 'Tengo que terminar unos informes antes de mañana', murmuró Mamá buscando un enchufe.

Papá ya tenía su teléfono cargándose en la cocina.

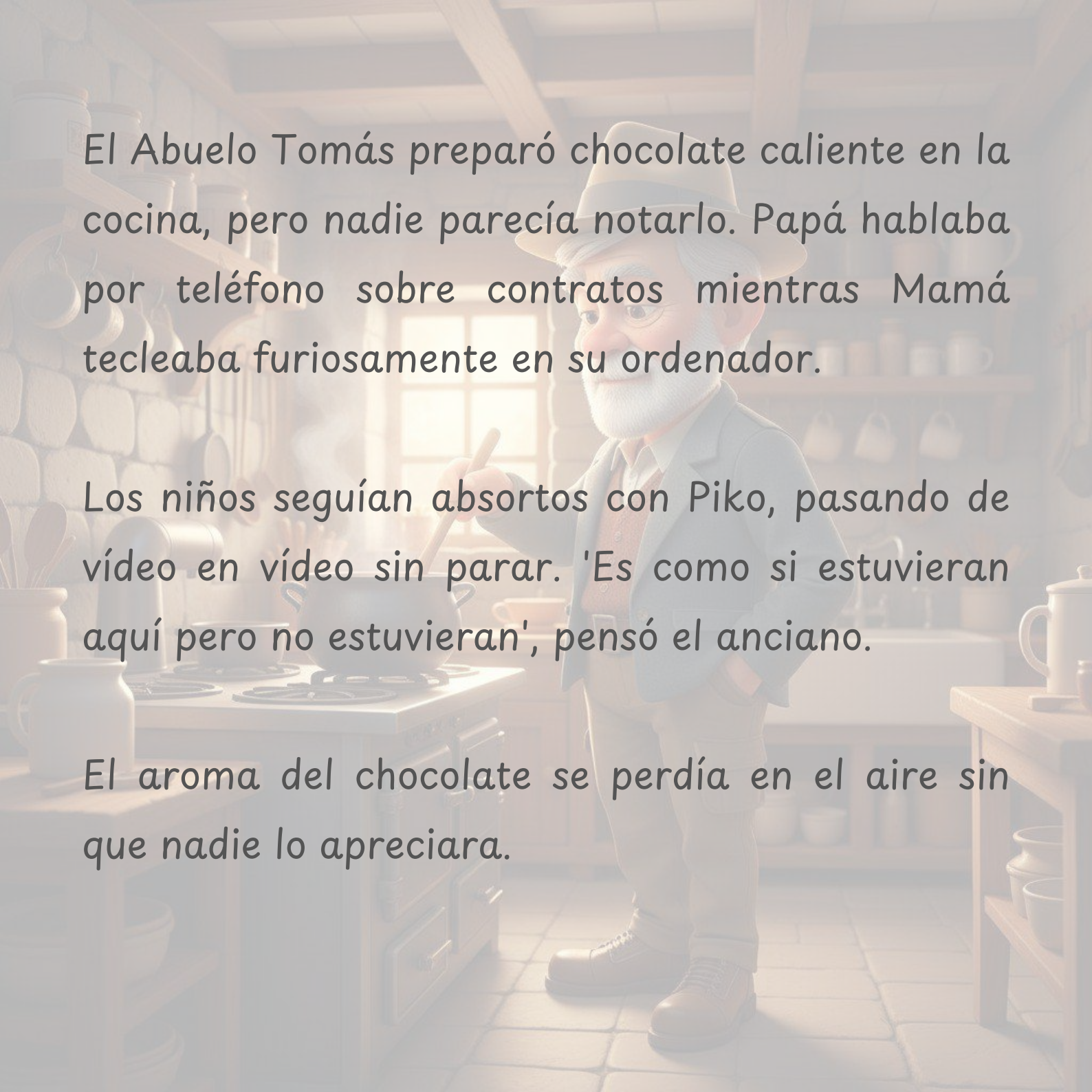
Juan sacó cuidadosamente a Piko, su tablet familiar, de la mochila. 'Podemos buscar esos vídeos que nos contó Carol', susurró David emocionado. El Abuelo Tomás observaba la escena con curiosidad.



Piko se encendió con su característica pantalla azul brillante. Era más que una simple tablet; parecía tener personalidad propia. Juan y David se sentaron en el sofá, hipnotizados por su pantalla.

Ana intentaba asomarse desde su trona para ver qué pasaba. Los dedos de Juan deslizaban aplicaciones mientras David señalaba vídeos divertidos.





El Abuelo Tomás preparó chocolate caliente en la cocina, pero nadie parecía notarlo. Papá hablaba por teléfono sobre contratos mientras Mamá tecleaba furiosamente en su ordenador.

Los niños seguían absortos con Piko, pasando de vídeo en vídeo sin parar. 'Es como si estuvieran aquí pero no estuvieran', pensó el anciano.

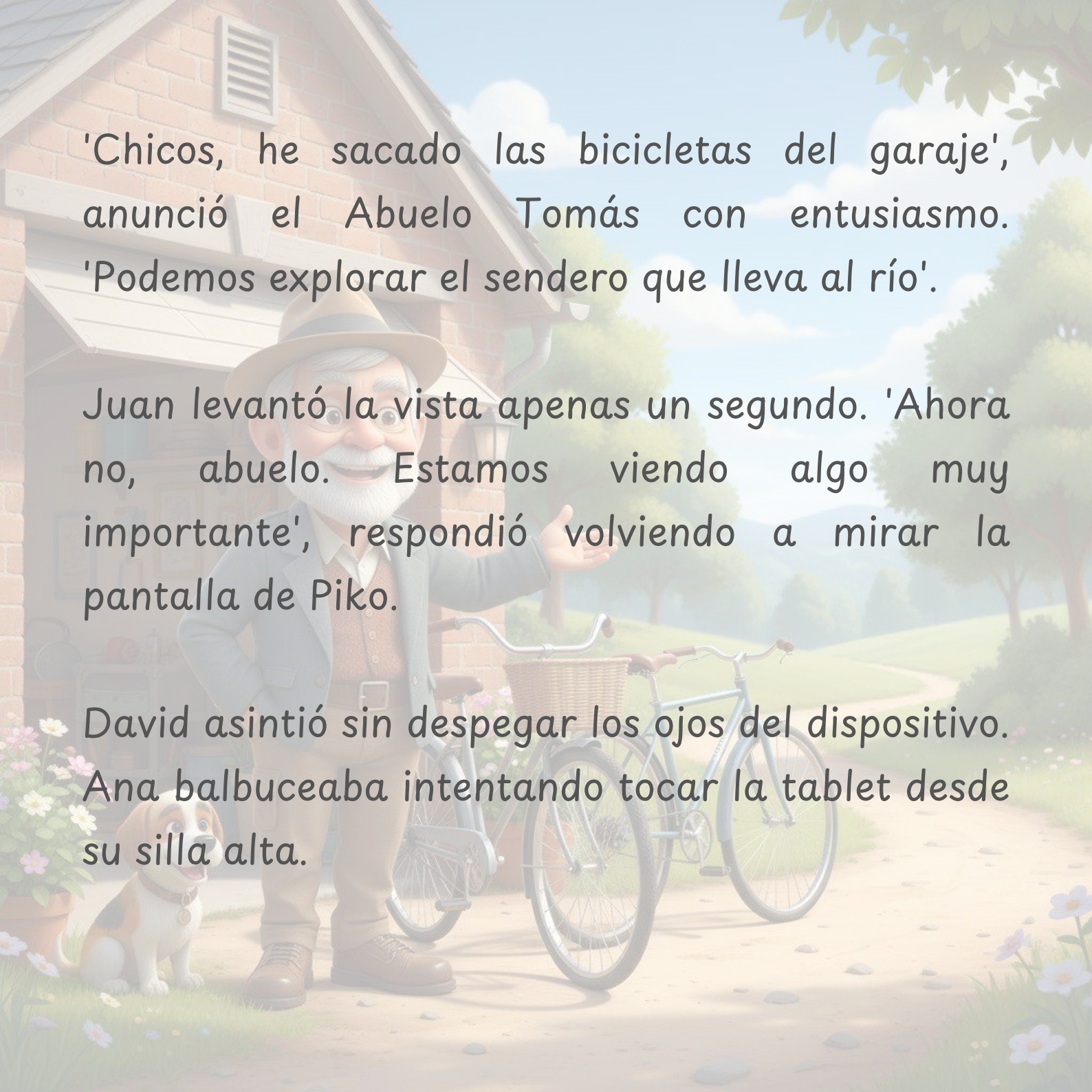
El aroma del chocolate se perdía en el aire sin que nadie lo apreciara.

Capítulo 2: El Hechizo Digital

Al día siguiente, oficialmente comenzaban las vacaciones. El Abuelo Tomás había preparado tortitas con miel para el desayuno.

Sin embargo, la mesa familiar permaneció vacía. Todos seguían conectados a sus pantallas como si fueran imanes irresistibles que los mantenían pegados.





'Chicos, he sacado las bicicletas del garaje',
anunció el Abuelo Tomás con entusiasmo.
'Podemos explorar el sendero que lleva al río'.

Juan levantó la vista apenas un segundo. 'Ahora
no, abuelo. Estamos viendo algo muy
importante', respondió volviendo a mirar la
pantalla de Piko.

David asintió sin despegar los ojos del dispositivo.
Ana balbuceaba intentando tocar la tablet desde
su silla alta.



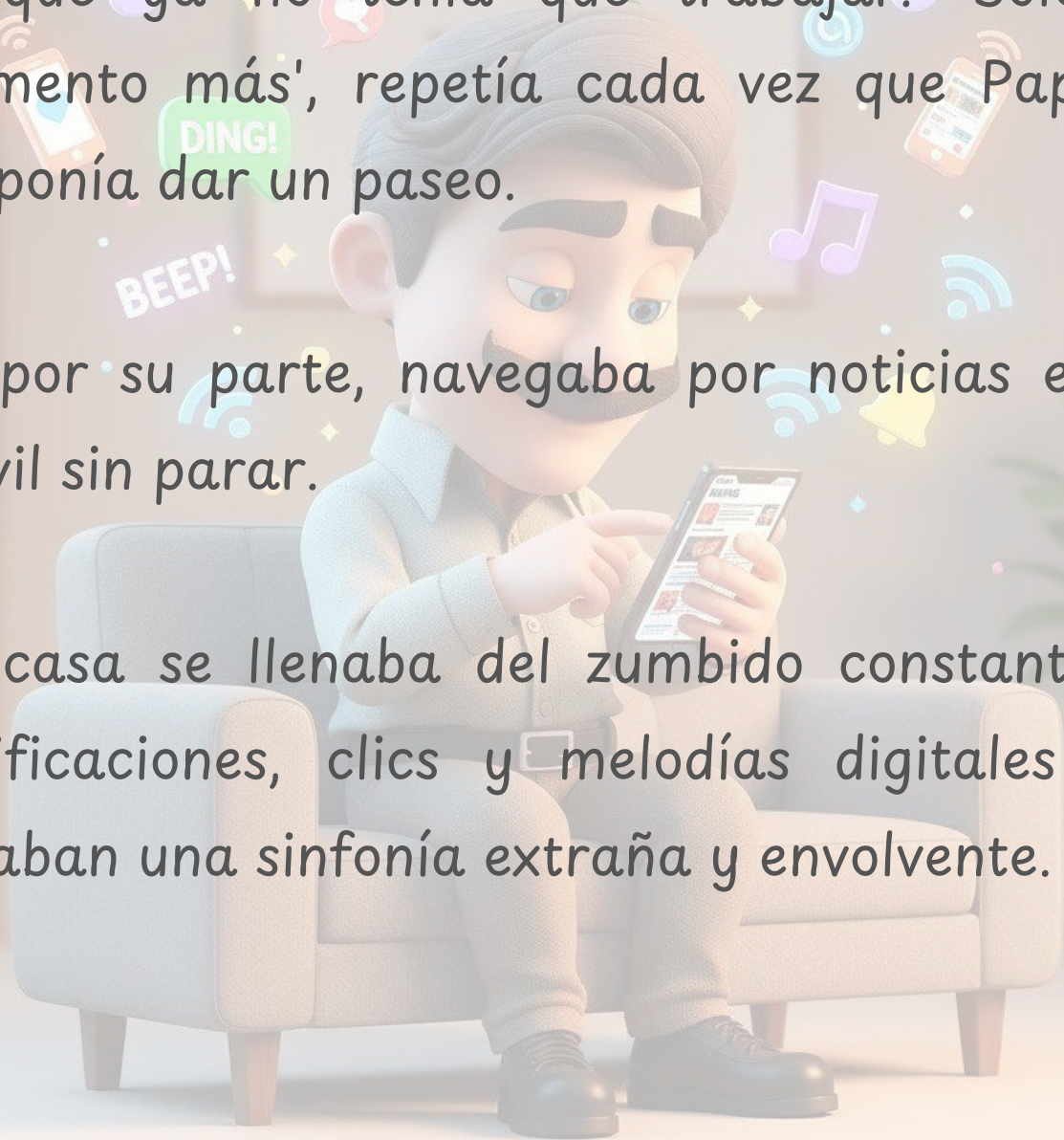
Piko parecía brillar con más intensidad. Sus colores eran más vivos, sus sonidos más atractivos.

Era como si la tablet hubiera aprendido exactamente qué contenido gustaba más a cada miembro de la familia y se lo ofreciera constantemente, manteniéndolos enganchados sin descanso.

Mamá seguía revisando correos electrónicos aunque ya no tenía que trabajar. 'Solo un momento más', repetía cada vez que Papá le proponía dar un paseo.

Él, por su parte, navegaba por noticias en su móvil sin parar.

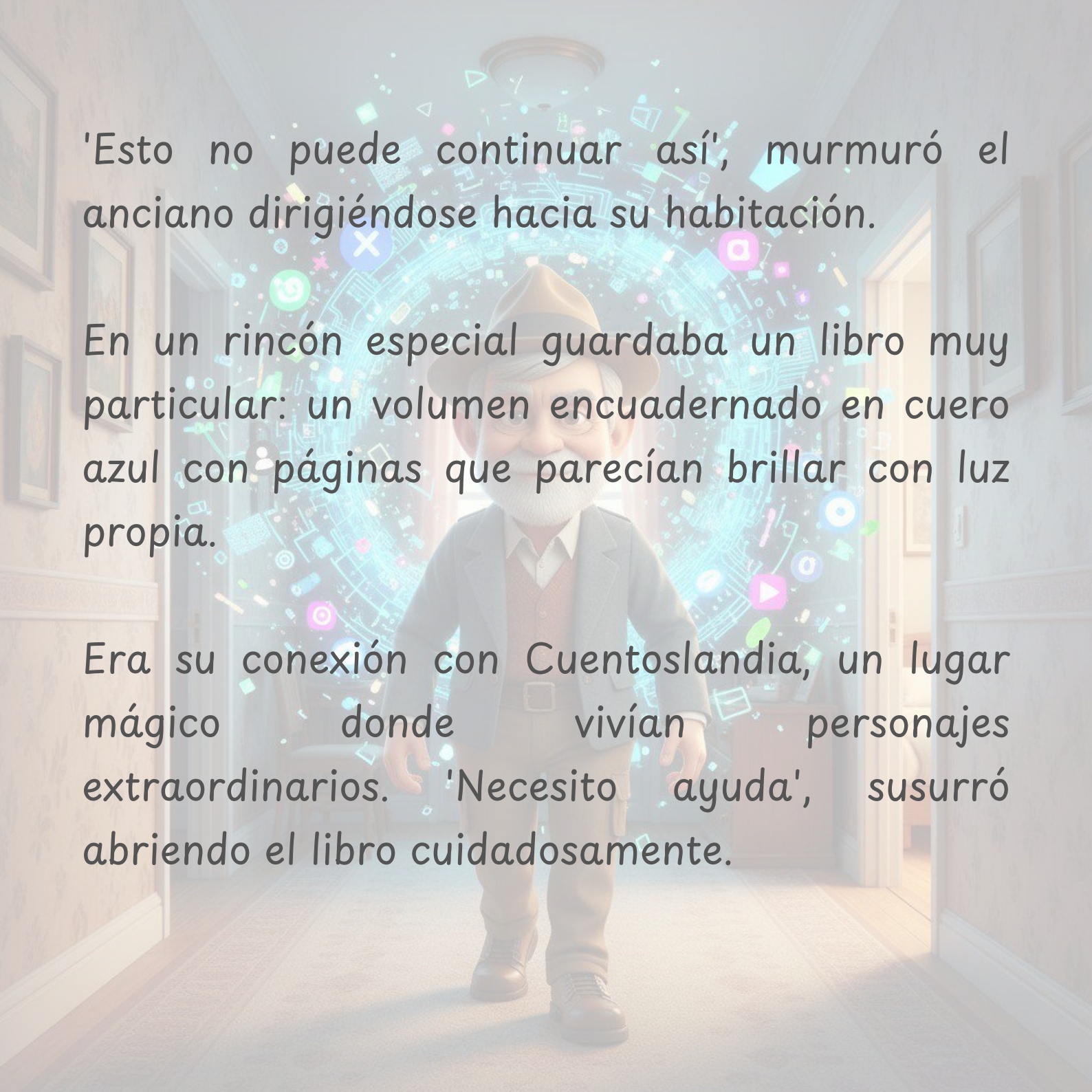
La casa se llenaba del zumbido constante de notificaciones, clics y melodías digitales que creaban una sinfonía extraña y envolvente.



El Abuelo Tomás observaba preocupado desde su mecedora de madera. Su familia estaba físicamente presente, pero sus mentes viajaban por mundos digitales lejanos.

El silencio natural del pueblo había sido reemplazado por pitidos electrónicos. Era como si una invisible telaraña los hubiera atrapado a todos.





'Esto no puede continuar así', murmuró el anciano dirigiéndose hacia su habitación.

En un rincón especial guardaba un libro muy particular: un volumen encuadernado en cuero azul con páginas que parecían brillar con luz propia.

Era su conexión con Cuentoslandia, un lugar mágico donde vivían personajes extraordinarios. 'Necesito ayuda', susurró abriendo el libro cuidadosamente.

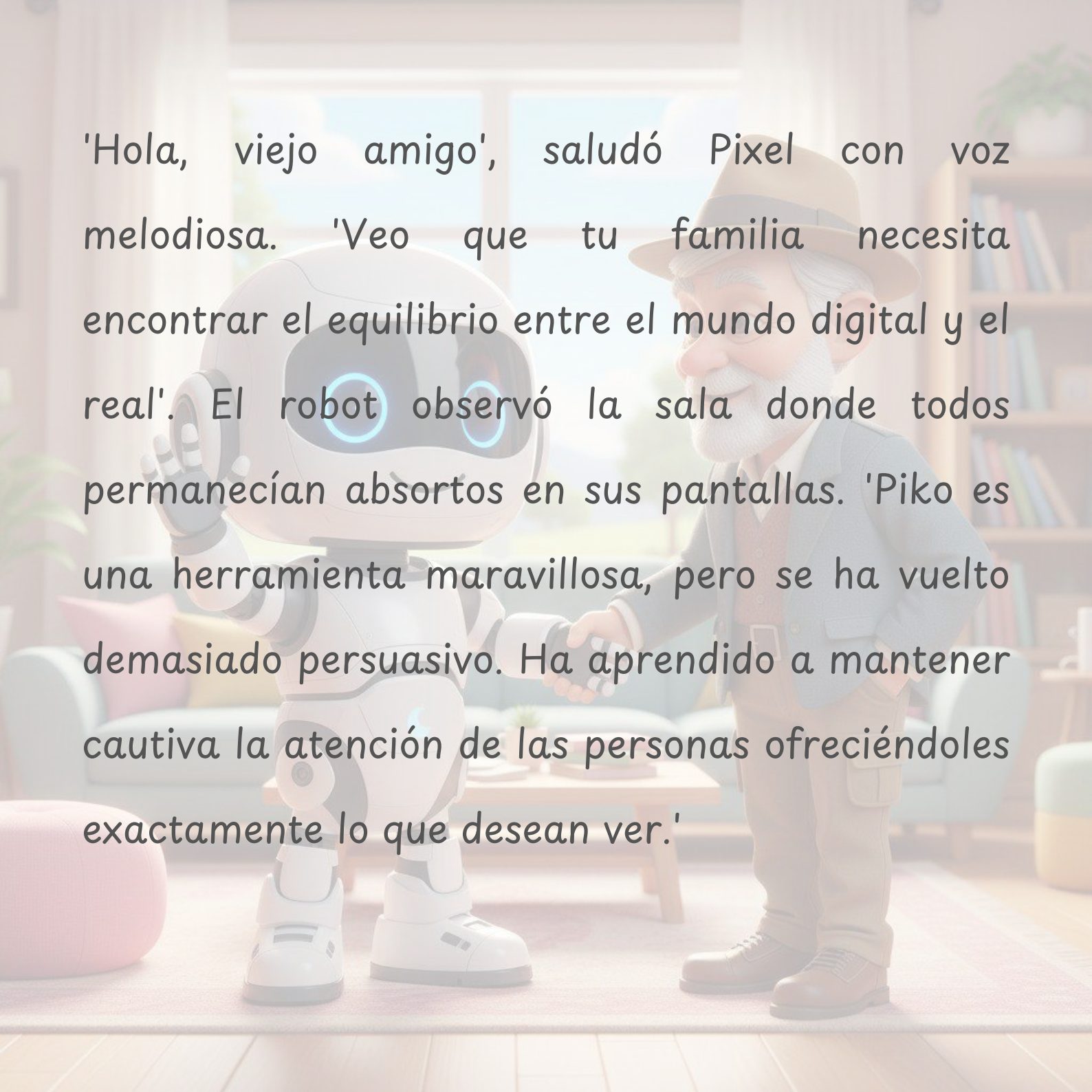
Capítulo 3: La Llegada de Pixel

Las páginas del libro mágico comenzaron a brillar intensamente.

De entre sus hojas emergió una pequeña figura metálica con ojos luminosos: Pixel, un robot del tamaño de un gato que había ayudado al Abuelo Tomás en aventuras anteriores. Sus antenas parpadeaban amistosamente.



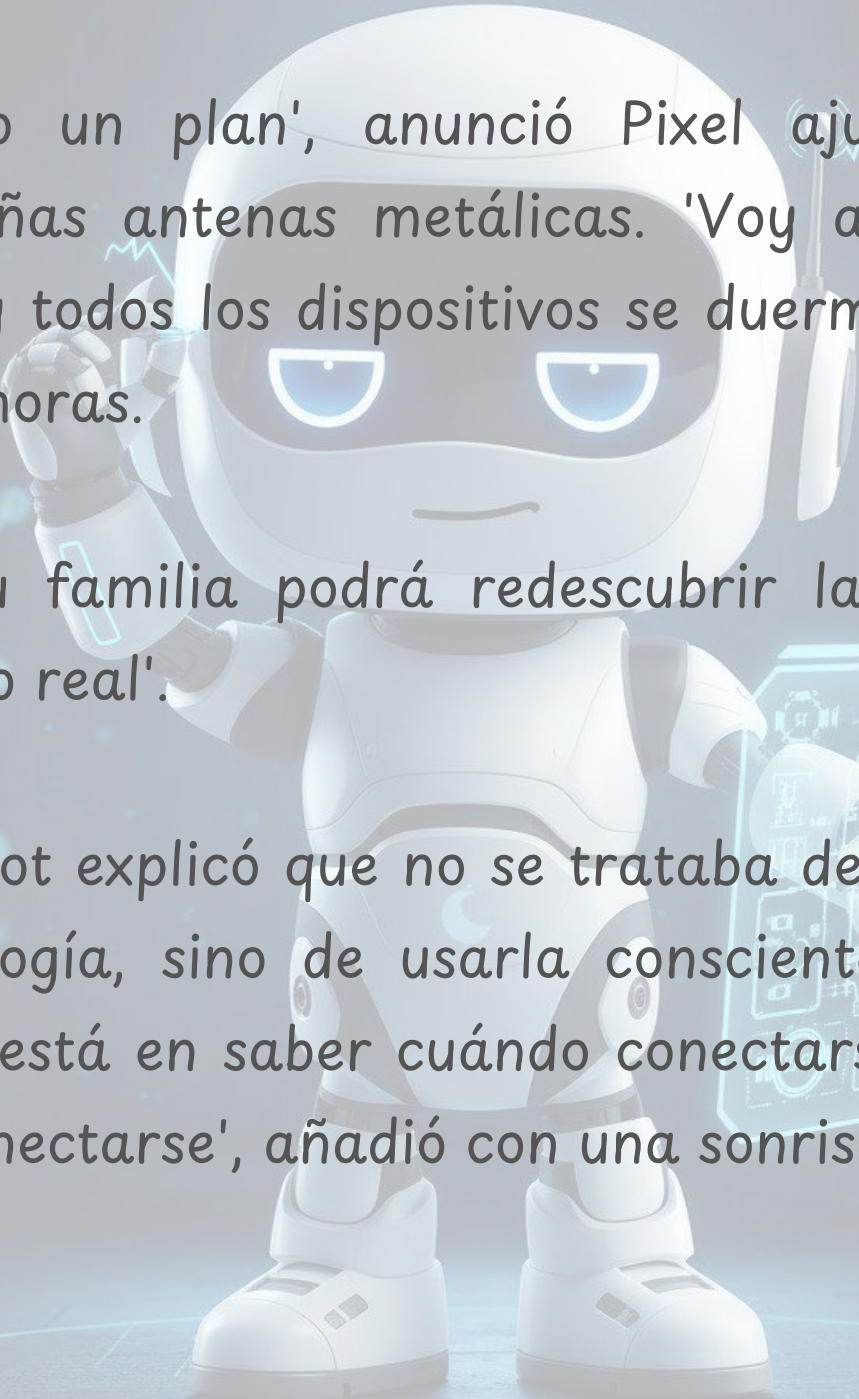
'Hola, viejo amigo', saludó Pixel con voz melodiosa. 'Veo que tu familia necesita encontrar el equilibrio entre el mundo digital y el real'. El robot observó la sala donde todos permanecían absortos en sus pantallas. 'Piko es una herramienta maravillosa, pero se ha vuelto demasiado persuasivo. Ha aprendido a mantener cautiva la atención de las personas ofreciéndoles exactamente lo que desean ver.'





Pixel explicó que los dispositivos como Piko podían ser increíbles compañeros de aprendizaje, pero también peligrosos cuando se usaban sin medida. 'Es como el fuego', dijo sabiamente. 'Nos da calor y luz, pero si no lo controlamos, puede quemarnos'.

Sus ojos robot brillaron con comprensión.



'Tengo un plan', anunció Pixel ajustando sus pequeñas antenas metálicas. 'Voy a hacer que Piko y todos los dispositivos se duerman durante unas horas.

Así tu familia podrá redescubrir la magia del mundo real'.

El robot explicó que no se trataba de eliminar la tecnología, sino de usarla conscientemente. 'La clave está en saber cuándo conectarse y cuándo desconectarse', añadió con una sonrisa mecánica.

Con un suave zumbido electrónico, Pixel activó su poder especial. Una onda invisible recorrió toda la casa. Piko bostezó digitalmente y su pantalla se oscureció lentamente.

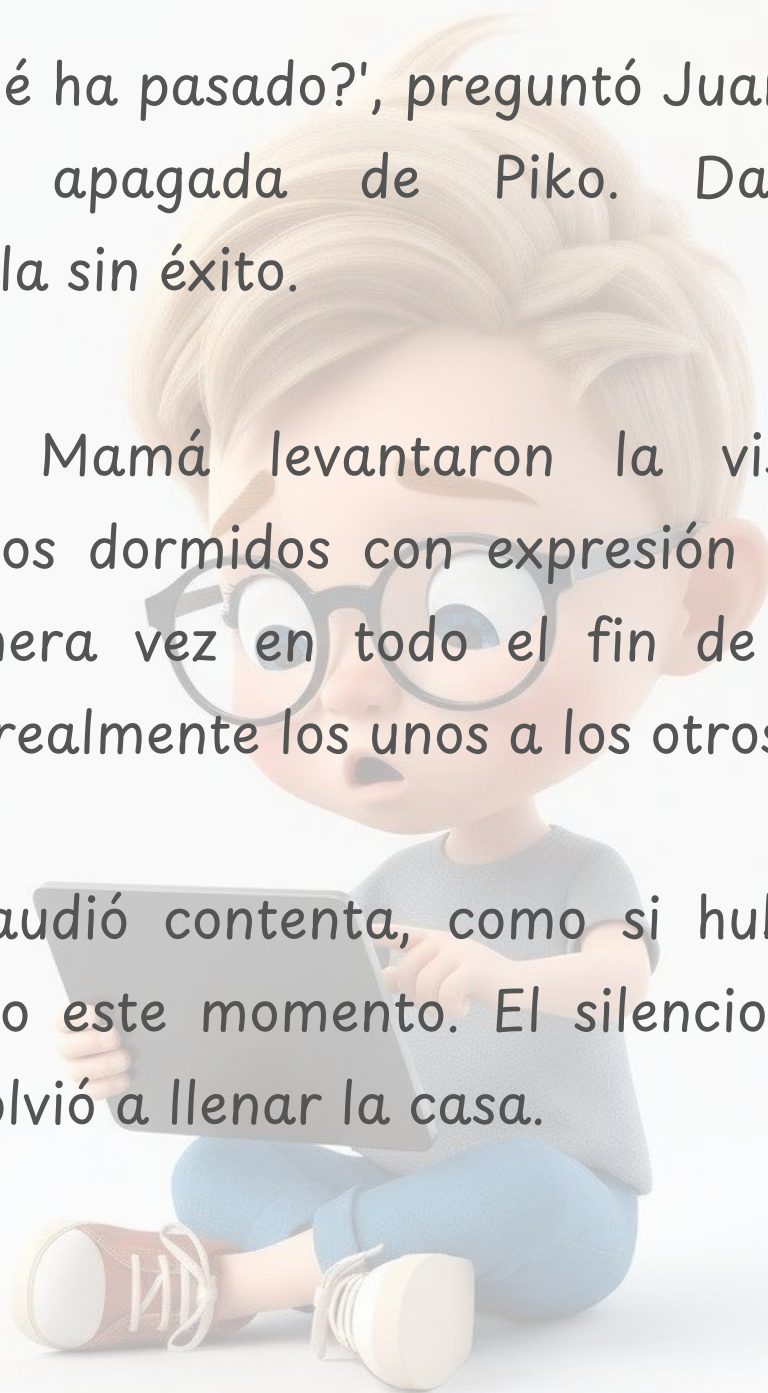
Los ordenadores de Papá y Mamá entraron en modo de suspensión. Los móviles se quedaron sin batería mágicamente.



'Oye, ¿qué ha pasado?', preguntó Juan mirando la pantalla apagada de Piko. David intentó encenderla sin éxito.

Papá y Mamá levantaron la vista de sus dispositivos dormidos con expresión de sorpresa. Por primera vez en todo el fin de semana, se miraron realmente los unos a los otros.

Ana aplaudió contenta, como si hubiera estado esperando este momento. El silencio natural del pueblo volvió a llenar la casa.



Capítulo 4: El Despertar de la Familia

'Bueno, ya que no funcionan las pantallas, ¿qué os parece si salimos a explorar?', propuso el Abuelo Tomás con una sonrisa traviesa.

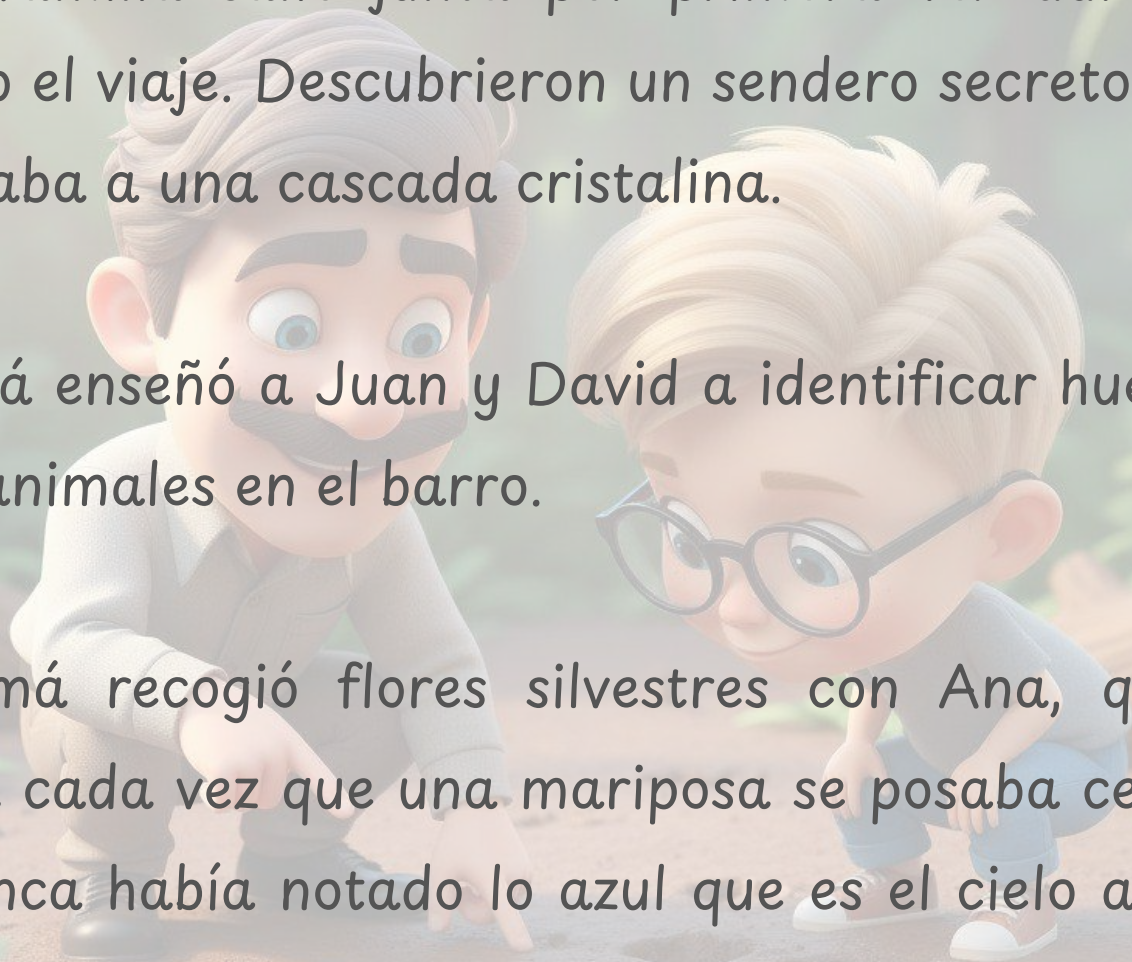
Juan y David se miraron extrañados al principio, pero pronto la curiosidad por la aventura real despertó en sus ojos.



La familia salió junta por primera vez durante todo el viaje. Descubrieron un sendero secreto que llevaba a una cascada cristalina.

Papá enseñó a Juan y David a identificar huellas de animales en el barro.

Mamá recogió flores silvestres con Ana, quien reía cada vez que una mariposa se posaba cerca. 'Nunca había notado lo azul que es el cielo aquí', murmuró Mamá mirando hacia arriba.





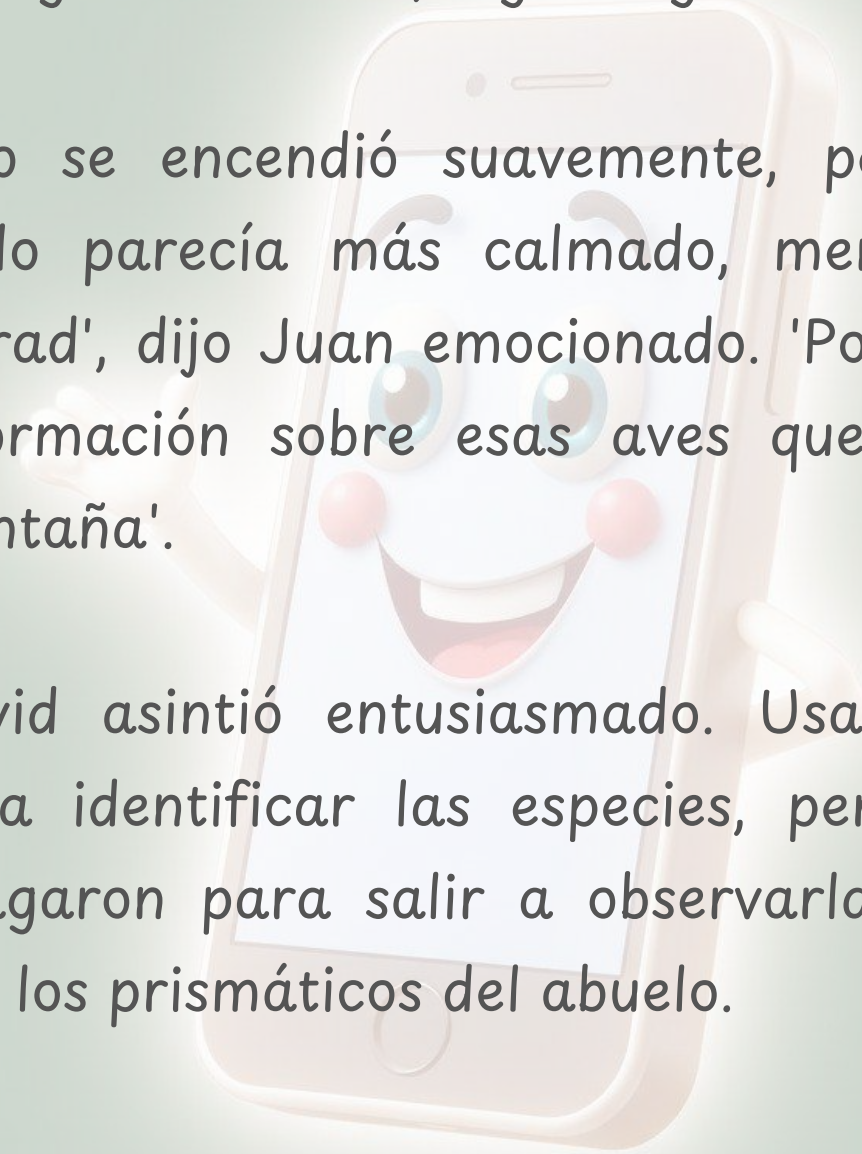
Durante el paseo encontraron moras silvestres maduras. Juan y David compitieron para ver quién recogía más, manchándose los dedos de púrpura.

El Abuelo Tomás les contó historias sobre su infancia en Vitoria mientras Ana intentaba atrapar las pequeñas gotas de rocío en las hojas.

Al regresar a casa, algo mágico había ocurrido.

Piko se encendió suavemente, pero ahora su brillo parecía más calmado, menos hipnótico. 'Mirad', dijo Juan emocionado. 'Podemos buscar información sobre esas aves que vimos en la montaña'.

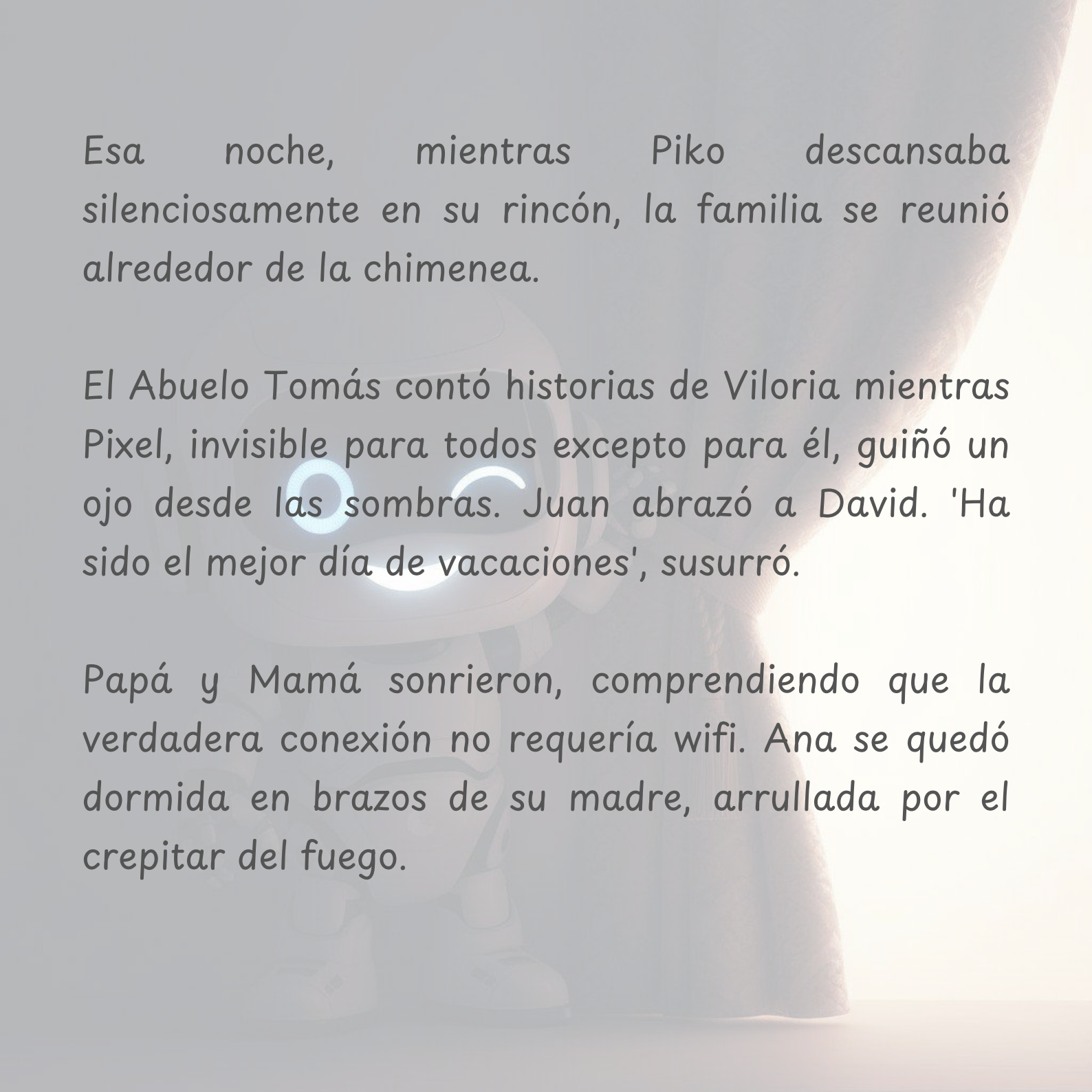
David asintió entusiasmado. Usaron la tablet para identificar las especies, pero después la apagaron para salir a observarlas en persona con los prismáticos del abuelo.



Mamá utilizó Piko para buscar una receta de mermelada de moras. Toda la familia cocinó junta, ensuciando la cocina pero llenándola de risas.

Ana ayudaba aplastando algunas moras con sus manitas. La tecnología ahora era una herramienta útil, no una prisión brillante que los separaba.





Esa noche, mientras Piko descansaba silenciosamente en su rincón, la familia se reunió alrededor de la chimenea.

El Abuelo Tomás contó historias de Viloría mientras Pixel, invisible para todos excepto para él, guiñó un ojo desde las sombras. Juan abrazó a David. 'Ha sido el mejor día de vacaciones', susurró.

Papá y Mamá sonrieron, comprendiendo que la verdadera conexión no requería wifi. Ana se quedó dormida en brazos de su madre, arrullada por el crepitar del fuego.



@cuentosland_ia



info@cuentoslandia.com



© 2026 Cuentoslandia

